

POESÍA, PALABRA EN LIBERTAD

Jaime D. PARRA, ed., *Poéticas del Caos. Ensayos y antología*, pról. de J. Ferrer Solà, Zaragoza, Libros del Innombrable, 2019, 668 pp.



Señalar que la poesía puede ser el territorio de la excepción es ya un tópico que la propia historia del *género* se ha encargado de sancionar desde los orígenes de la modernidad. Innovación permanente, riesgo, ruptura y transgresión han acompañado las trayectorias de algunos de los más destacados e influyentes poetas de estos dos últimos siglos, desde Hölderlin hasta Paul Celan, por citar solo dos nombres decisivos e incontestables. En estos —como en muchos otros casos que ahora mismo podrían mencionarse—, al margen de las diferencias de todo signo que pudieran señalarse, hay un motivo que atraviesa sus escrituras y que se sostiene sobre una acusada y rigurosa conciencia lingüística que tensiona el lenguaje de una manera extrema y radical, desafiando sus fronteras y explorando en los márgenes de sus propios límites.

Europa ha dado grandes nombres a la poesía universal a lo largo de estos dos últimos siglos. En el marco del primer romanticismo alemán, el ya citado Hölderlin y Novalis; Keats, Shelley y Blake en el romanticismo inglés, Leopardi en el italiano, Baudelaire, Nerval, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé en el siglo XIX francés. Ya en la primera mitad del siglo XX, y en el conjunto de las diferentes lenguas europeas, Apollinaire, Gabrielle d'Annunzio, Marinetti, Maiakovski, Machado, J. R. Jiménez, Cernuda, Pessoa, Trakl, Benn, Breton, Valéry, Éluard, Yeats, Saint-John Perse, Stefan George, Rilke, Cavafis, Attila József, etc. Es obvio que faltan otros nombres, pero también es evidente que ningún lector autorizado discutiría la presencia de ninguno de los que acabo de citar.

Desde finales del siglo XVIII, como podemos apreciar en las propuestas de algunos de los principales poetas de este tiempo, con frecuencia e intensidad crecientes, el discurrir de la poesía ha mostrado que nos enfrentamos a una práctica en la que el pensamiento y la imaginación —y no tengo nada claro que se trate de potencias tan alejadas la una de la otra— han ocupado un lugar central. Así, es un hecho que la pregunta por la poesía —sobre los límites de su lenguaje o sobre su misma capacidad para representar el mundo— aparece de un modo insistente en determinadas propuestas. Esa actividad crítica y reflexiva se ha canalizado a través de los propios poemas y, en ocasiones, de un modo

simultáneo, en textos ensayísticos en los que los propios poetas han tratado de verter sus poéticas. Esto valdría como norma más o menos general para cierta poesía reflexiva, meditativa, metafísica e incluso filosófica escrita en otros ámbitos lingüísticos diferentes del español. Entre nosotros, a una y otra orillas del Atlántico, y teniendo en cuenta todas las excepciones (Miguel de Unamuno, Macedonio Fernández, María Zambrano, Luis Cernuda, Joaquín Giannuzzi, Roberto Juarroz, José Ángel Valente, etc.), la poesía y el pensamiento no han sido buenos compañeros de viaje.

Poéticas del Caos da cuenta de una pasión y una dedicación mantenidas a lo largo de muchos años, una relación que el poeta y crítico Jaime D. Parra ha desarrollado a través de una actividad ensayística materializada en títulos como *El poeta y sus símbolos* (2001), *La poesía otra de Barcelona* (2004), *Poesía in-versa* (2018) o, entre otros, *Poéticas del origen* (2019), textos, todos ellos, unidos por la exploración de una cierta excepcionalidad. En ese sentido, hay en este *Poéticas del Caos* un trabajo impresionante de indagación y análisis de unas poéticas a las que tradicionalmente no se ha prestado la atención que merecían. Jaime D. Parra, el editor literario de este volumen, con conocimiento de causa, ha desarrollado un riguroso y concienzudo trabajo de reivindicación de algunas de las fuentes más desatendidas por cierta crítica académica, acostumbrada a operar desde la repetición de tópicos e impulsada por la inercia, y ello en una investigación llevada a cabo con todo el rigor académico posible (baste anotar aquí que el volumen cuenta con un total de 1136 notas). Por otra parte, los estudios presentados se acompañan de diferentes antologías de textos de los propios poetas analizados.

En este sentido, la primera parte de este ensayo, «Trazado de una ruptura» (pp. 5-92), profundiza en los orígenes y la consolidación de una estética que hizo de la transgresión un distintivo irrenunciable y que encontramos, por ejemplo, en las propuestas de Novalis, Lautréamont y Alfred Jarry, tres escritores absolutamente indispensables para entender el discurrir de la poesía de este tiempo, por lo menos de aquella en la que Jaime D. Parra fija su atención; esta primera parte se centra en el poema en prosa y en la fragmentación de los géneros, es decir, en la disolución de la escritura en formas y manifestaciones más libres, liberadas de todo tipo de sujeciones y ataduras. Con el romanticismo asistimos a las primeras manifestaciones de lo que Jaime D. Parra denomina como «poesía del caos», una poesía en la que la métrica estalla en mil pedazos favoreciendo así que de sus restos y cenizas surjan nuevas formas y modalidades. Novalis es un clarísimo exponente de esta poesía esencialmente enigmática y, al mismo tiempo, regenerativa, y su huella, no siempre reconocida, se percibe en muchos poetas posteriores. Por su parte, Lautréamont es para el responsable de este volumen, incluso más que Baudelaire y Rimbaud, el poeta más representativo de una modernidad voladiza e insurgente, una modernidad que hizo del desdoblamiento, el distanciamiento y la otredad algunas de sus estrategias expresivas más acusadas. Lautréamont representa como nadie el caso de ese escritor que parte a la búsqueda de una escritura sin autor, despersonalizada, expuesta a la intensidad de las emociones pero al mismo tiempo rigurosamente controlada. Por último, pero no por ello menos decisivo en la configuración de este imaginario surreal e iconoclasta, Alfred Jarry y la patafísica, la poética de la

improbabilidad que estalla en sus relatos y en sus textos para el teatro.

Tras Auschwitz la poesía europea continúa su camino. La herencia iconoclasta de la vanguardia se manifiesta en una considerable libertad formal y temática. La segunda parte de este volumen, titulada «Filopostismo y radicalidad» (pp. 93-461), se centra en las escrituras de Eduardo Chicharro, Carlos Edmundo de Ory, Juan Eduardo Cirlot, Joan Brossa, Guillem Viladot, Fernando Arrabal, Cristóbal Serra, Antonio Fernández Molina y Antonio Beneyto, unos escritores que dan cuenta de esa tradición heterodoxa y rebelde que ha hecho del caos y la fragmentación, la ironía y el humor, la experimentación y la búsqueda de un orden expresivo anómalo algunas de sus notas distintivas. Pero esta nómina no se agota en estos nombres; como muy bien señala el editor, aquí también podrían figurar otros como Francisco Pino, Miguel Labordeta, Ángel Crespo, Gabino Alejandro Carriedo, etc., poetas que representan algunos de los antecedentes inmediatos de parte de la poesía —a mi juicio— más interesante que comienza a escribirse a mediados de los años sesenta, aquella parte que hizo del riesgo y la aventura, la experimentación y la osadía, la tensión y la crítica unas maneras de entender y practicar el lenguaje poético. Así, no resulta nada raro encontrar en muchos de los poetas mencionados fenómenos, técnicas y recursos poéticos como el *collage*, la fragmentación, el experimentalismo, la disolución del yo, la combinación de diferentes lenguas, el fin de la primacía del significado único en favor de la simultaneidad de distintos significados o la búsqueda de nuevos procedimientos expresivos, elementos todos ellos que ya habíamos encontrado en las vanguardias históricas.

Por último, la tercera parte, «Nueva expresión al borde» (pp. 463-599), recoge algunas lecturas de poetas de estas últimas décadas (Albert Tugues, Francesc Cornadó, Raúl Herrero, Pura Salceda, Alicia Silvestre, Laia López Manrique, etc., y este etcétera es bastante largo) que, cada cual a su modo, han mantenido encendida la llama de la vanguardia y la escritura en libertad, sin cortapisas ni limitaciones de ningún tipo, desarrollando una trayectoria en las que el caos, el desorden y la fragmentación son elementos y dispositivos recurrentes.

Se trata de propuestas —cada cual a su modo, con su particular intensidad— que han afrontado con una enorme valentía el vértigo del abismo, apuntaladas sobre un lugar extraordinariamente frágil e inestable, escrituras que desafían a sus lectores al sostenerse sobre una encrucijada amenazada por la incertidumbre, registros erosionados por una ruptura y una desautomatización permanentes que dan cuenta de una quiebra y una transgresión intensas, rasgos de una modernidad que se presenta como la tradición de la ruptura (O. Paz *dixit*).

La lectura de la poesía que Jaime D. Parra presenta en este revelador volumen es deudora de la crisis heredada de la modernidad, del estado de quiebra que asola a nuestros viejos y desgastados sistemas de pensamiento. En este sentido, ha partido de las complejas relaciones que se dan entre esa poesía y los elementos que actúan a su alrededor con el objetivo de transformar la negatividad resultante de la unidad descompuesta de los textos poéticos en agente de reflexión que fomente la crítica de esos mismos textos, valorar —como ya reclamara en un memorable ensayo Hugo Friedrich (*La estructura de la lírica moderna*, 1974)— la significación que adquieren algunas categorías

negativas, entre las cuales ocupa un lugar destacado el fragmentarismo, que ha afectado tanto a la disolución de la estética sistemática en poéticas particulares como a la desintegración de la unidad de la obra artística.

«Le silence assiste le secret», escribió Edmond Jabès, pero nosotros nos empeñamos en desvelar ese secreto con la palabra y el mundo entonces agoniza en el poema, desfallece en la fábula filosófica. Surge el mundo de ese hueco en el que vive el silencio para adquirir idea y forma con el lenguaje, un proceso al final vano e inútil pues la palabra solo consigue con su presencia representar una cierta fantasmagoría, suscitar un estado de ilusión y figuración en el que la hondura del vacío ha sido sustituida por la vacua palabrería. En este sentido, poesía e inefabilidad aluden a un mismo imposible en el que la palabra robada al silencio no acaba de colmar todas las expectativas de significación depositadas en ella, una palabra, en fin, escrita sobre la «ligne blanche» que traza el itinerario de la libertad, sigue el rastro de la ausencia y el silencio y sabe, como intuyera René Char, que el corazón de la eternidad habita en el relámpago. *Poéticas del Caos* es un aviso a navegantes sobre la necesidad de seguir explorando en los intersticios en donde se esconde la poesía, la palabra en libertad.

Alfredo SALDAÑA
Universidad de Zaragoza